

Flotando en la frontera

JUANA MOLASSES

FLOTANDO EN LA FRONTERA

- JUANA MOLASSES -



Capítulo 1

Empiezo a escribir por el aburrimiento.

Pasé horas mirando lo que pasa detrás de la ventanilla de este micro, por decirle de alguna manera. La camioneta, que en realidad no es más que un minicolectivo, parece una versión de souvenir, se detiene a cada rato.

Ya estamos en algo que se supone que es Bolivia, al menos eso calculo. Pasamos una frontera hace como cinco horas y nos dirigimos al primer puesto habitable. La ruta es de tierra y está lloviendo, lo cual desalentó rápidamente a nuestros pilotos y ahora también a nosotros, que llevamos horas que parecen millones.

Devendra y los otros chicos ayudan a empujar la combi. Aprovecho que ellos son tres hombres y yo la única mujer del equipo para no tener que bajarme o siquiera tener que pararme a cada rato, como hacen ellos.

En el pueblo encontraríamos a Jack, que salió hace quince días, antes que yo y me iba a esperar más adelante, con la condición de visitar un volcán que se encuentra en los salares. Cada minuto en esta camioneta hace que desee estar en ese volcán más que nada en el mundo.

En una de esas paradas técnicas, la mujer del conductor y yo entablamos pequeñas e indiferentes conversaciones, a las cuales no presto mi real presencia. De dónde soy, de dónde es su familia, "cuidado con". A veces no tengo muchas ganas de hablar y me obligo para no parecer descortés con las personas. No queda bien pedir permanecer en silencio. Debo ser sólo yo la que gusta del silencio permanente.

Llegamos a la primera ruta de asfalto, los chicos están aliviados, al menos eso dicen, porque va a ayudar a que la camioneta deje de pararse a cada rato. Parece una ruta menos desolada, se ven algunas personas al costado del camino.

El señor de la camioneta para a saludar en un idioma como un castellano pero irreconocible a otro hombre, que luce como un indígena, de esos con nariz recta y prominente, de los primeros habitantes del continente americano y los dos hombres ríen desde los pulmones, abriendo la boca. Un amigo de Devendra, que es la única persona de la cual recuerdo su nombre de todo el equipo, aprovecha el lapso para hacer una llamada desde un teléfono que pide prestado a una persona que parece ser el dueño de un negocio lleno de polvo y de fotos amarillentas en las que aparece sonriente con algunos políticos de turno. Hay una foto del pelado de cara colorada, como a punto de explotar de alegría o de vino en

damajuana con Carlos Menem. La situación me pone en un repentino estado de alerta, pero hago como que paso de largo y vuelvo a pararme en la puerta, cerca de la camioneta y respiro despacio, para no tragarme todo ese aire de ruta boliviano, viciado de tierra seca.

Todos tratamos de estirar un poco las piernas después de media hora constante de viaje, en mucho tiempo.

Alrededor de los chicos se acercan unas personas que parecen ser bolivianos y se ponen a hablar con ellos. Yo estoy un poco alejada, con mi anotador haciendo un dibujo de un carro que le cuelgan carnes sin refrigeración enfrente de nuestro camino, pero veo vagamente la situación y las caras de preocupación y a uno de los chicos observar a uno de los bolivianos mientras el tipo se rasca levemente la mandíbula.

Momentos después, los chicos vuelven con una mejor idea: ya no necesitaríamos pagar setenta pesos para pasar al siguiente pueblo lleno de armamentistas, por sólo treinta pasaríamos nadando al otro lado, de la misma forma en que lo hacen los autóctonos.

Los bolivianos que nos trajeron no emiten sonido pero veo que la señora me mira fugazmente y baja la mirada, para no ser percibida. Le digo a los chicos que prefiero ir en la camioneta, que me siento más segura y que no me molesta pagar los setenta pesos, que es parte de la regla general y de la condición de este viaje.

Ellos vuelven a ultimar detalles de su cruce, con los bolivianos y dos argentinos más, uno de ellos tiene un palo en la mano que sostiene todo el tiempo, como si fuese un arma de mando.

La mujer del conductor de la camioneta me toma de la mano y me muestra lejana la próxima fortuna de estos individuos. Vemos desde la altura uno de los cerros una laguna de lodo, que la llaman Laguna Muerta y la única forma de atravesarla es dejándose flotar. Este acto que parece lento y nauseabundo además de larguísimo y la mujer me lo confirma: uno puede tardar horas en cruzar de un lado a otro y los bolivianos lo hacen porque de esta forma se puede atravesar varias veces en un mismo día sin tener que pagar el peaje y el viaje en camioneta. A nosotros nos cobrarían treinta pesos.

Estoy parada ahí y miro detenidamente hacia abajo. Por un lado el alivio. Se que no voy a embadurnarme de mierda. Por otro lado la bronca y la indignación, estos tres parásitos quieren hacerse los autóctonos y no pueden mirar más allá de su propio ombligo. Los bolivianos no lo hacen por elección, porque les gusta revolcarse en su propia mierda cloacal estancada, lo hacen porque no tienen otra opción.

La señora, que sigue al lado mío abraza a su marido y reza una y otra vez sin detenerse. Asumo por qué lo hace. Quiero volver a la camioneta urgentemente, no pienso dar órdenes sobre el asunto, porque todos los participantes somos lo suficientemente adultos de edad.

De repente Devendra se acerca para no se, decirme o avisarme algo. Me hace señales mientras camina, como para que me acerque al mismo tiempo, que lleguemos juntos a un mismo punto. Ignoro este movimiento y lo dejo acercarse a mí para apreciar la escena completa que estoy viviendo en todo su esplendor. Me pregunto si Devendra en algún punto ínfimo se estará dando cuenta de que también él es un pelotudo.

Empieza a hablarme y tratar de convencerme de unirme a ellos, para no quedarme sola. Sigo mirando hacia abajo y lo invito a seguirme el juego, me pregunta si es eso. Le digo que sí. Le pregunta a la pareja si en lo que estaríamos por flotar se trata fehacientemente de mierda mezclada con lodo y la pareja asiente.

“Che, no se si esto da”. Y vuelve a sus amigos. El problema real era ahora embadurnarse en una laguna de mierda y sus consecuencias: el olor a mierda impregnado en los poros de la piel.

Sus amigos no vuelven para ver en lo que se están metiendo, pero logran convencer a Devendra de hacerlo.

Ahí fue que los perdí de vista. La última vez que los veo están preparándose. Se quedan solo en shorts, esperando ser depositados en el borde de la laguna de la mierda del pueblo boliviano, lista para impregnarse en el cuerpo de estos tres parásitos argentinos, que no pueden bancarse un segundo pagar un peaje como corresponde, por creerse aventureros.

Me tomo un largo rato en este trayecto para pensar en todo lo que pasó hasta ahora. La salida en el avión. La llegada a Salta. El hotel con la cama inmensa. Las ganas de caminar por todos lados. La necesidad de salir de Buenos Aires y volver a extrañarla. Las mochilas enormes por todos lados. Las empanadas de charqui.

La llegada a Bolivia fue fácil, lo complicado fue atravesarla, una vez en la Quiaca ya puede sentirse la desolación del fin de un país o el comienzo de la frontera. Parada en la triple frontera.

Una señora me pide el pasaporte antes de llegar a migraciones e intento ignorarla, le digo que no tengo y sigo hasta el próximo puesto, donde me uno rápidamente a otros con mochilas enormes igual que yo.

Atravesamos de a poco, uno a uno, la Triple Frontera. El hecho de pasar caminando de un país a otro me resulta inentendible ¿Cómo es que se le

ocurre a alguien trazar una línea divisoria de un lugar a otro? Una línea de pertenencia.

En la Quiaca, la desolación. Pero en Villazón la verdadera frontera. Las vías de tren, los puestos, la gente que va rápido, la mezcla de olores, la suciedad, la falta de cultura, la verdadera falta de heladeras. Temo por un momento tener que quedarme ahí sola. El tren no sale hasta el miércoles y caigo en la cuenta de que hoy es sábado. No quiero quedarme, busco alternativas como un micro. Pero tampoco hay espacio en ellos.

Me acerco a una oficina de turismo y un señor de bigotes, de bigotes porque realmente sus bigotes llegaban antes que su persona, me ofrece una alternativa para no quedarme varada en la frontera.

Lo miro entumecida, mientras se me cierran los oídos. Ellos ya deben estar allá.